

de alegría, y Agustín quedaba llorando, sin ruido ni sollozos, como llora el que tiene en su corazón la fuente de las lágrimas.



CAPITULO XXI

Escenas de familias.

AL día siguiente, la casa de Agustín estaba poco menos que alborotada. Se había corrido la voz de que él había otorgado á Inés su permiso para hacerse religiosa, y todos miraban al padre con esa mirada mezclada de extrañeza y curiosidad, que parece preguntar con ironía lo que ya se sabe; y á la hija la miraban con esos ojos tristes que revelan la compasión ó el sentimiento de una próxima despedida.

Inés, sin atender siquiera á lo que pasaba, ocupabáse en escribir tarjetas á ciertas religiosas amigas suyas á quienes había encargado antes que rogaran á Dios por ella, diciéndoles ahora que dieran gracias al Señor, porque al fin conseguía lo que por tan largo tiempo había pedido y esperado; la licencia de su padre para hacerse religiosa.

Entre todos los de casa, doña Fernanda tenía más deseos que nadie ver-

se á solas con su hija para saber de ella la verdad de aquellos rumores; y por su parte Inés nada deseaba tanto como hallar sola á su madre para desahogar su pecho, depositando en el de ella su secreto, y gozar de la confianza y el cariño que la buena matrona le inspiraba. Así es que, apenas se vieron, entendiéronse con una mirada, y se retiraron á una habitación en la que ocuparon un sofá, sentándose las dos muy juntitas; y antes de tomar asiento, apenas habían pasado la puerta del aposento, interrogó la madre á la hija muy bajito, y con ese temor de quien siente que se le diga la verdad, de este modo.

—Y bien ¿son ciertos esos rumores?

—Sí, madre mía; gracias, después de Dios, á las oraciones de usted y á las palabras de tío Capellán.

—Pero, hija, ¿y tu padre te ha dado permiso para que te marches á un convento tan de repente? No puedo creerlo.

—Sí, mamá de mi alma; me dijo que me fuera cuando quisiera, y yo quiero marcharme cuanto antes, no sea que se vuelva atrás.

—Pero, mujer, no sería así: te daría permiso para que pretendieras al convento que bien te pareciera, y entre tanto

—No, señora; si hace tiempo que ten-

go pretendido; para eso no pensaba yo que necesitaba licencia.

—Pues, Inés, el amor que te profeso y la pena que me da al quedarme sin tí, me hacen dudar de tus palabras. ¡Ay, ahora empiezo á barruntar lo triste que será verme privada de una hija como tú!

—Mamá de mi alma, ¿pero no me ha dicho usted mil veces que deseaba ver alguna de sus hijas consagrada á Dios? ¿No me ha dicho que desde pequeñita me ofreció á Dios en holocausto?

—Sí, hija mía; antes que nacieras te consagré á Dios por un sueño misterioso que tuve; después le he rogado mil veces que te escogiera para sí, y me disgustaba con tu padre cuando se oponía á ello; pero, á pesar de eso, siento herido mi corazón de madre con la declaración que me acabas de hacer: ¡Dios mío! ¡Yo sin mi Inés! ¡Yo sin mi Inés!

Viendo ésta que su madre estaba á punto de romper el llanto, le dijo sonriendo:

—Pero, mamá, consuéllese usted; ¿qué dicha más grande para una madre que tener una hija esposa de Jesucristo? ¿Qué gloria que ver un día á su hija en el coro de las vírgenes puras, reinando con Dios para siempre?

—Eso es lo que me consuela, hija mía; el pensar que serás una santa; el

considerar que en tí ofrezco á Dios una lámpara viva, que arderá continuamente como la llama del amor divino ante su sagrado tabernáculo. Si no fuera por eso, ¿cómo es posible que yo te diera licencia para encerrarte en un convento, dejándome á mí sumergida en un mar amargura?

—De modo que me da usted su consentimiento, y ofrece desde ahora el sacrificio, ¿no es esto?

—Sí, hija mía, sí; aunque sólo Dios sabe cuánto me cuesta; pero te lo doy con la expresa condición de que has de ser una santa y has de rogar mucho por tu madre.

—¡Ay, mamá, la hija más ingrata del mundo sería yo, si no lo hiciera así! Desde ahora le prometo á V. elevar todos los días al cielo fervorosas oraciones, para que de allí desciendan bendiciones de dulzura sobre su corazón: desde ahora le digo que no tendré más aspiraciones que hacerme santa, y amar á Dios con toda mi alma. Y puesto que me queda poco tiempo para darle pruebas de mi amor, y para honrarla como usted se merece, permítame que le besé la mano y le pida ahora perdón de todos los disgustos que en vida le haya dado.

Inés se arrodilló, y doña Fernanda se

dejó caer sobre su cuello, llorando y diciendo:

—Hija de mis entrañas, encanto mío, consuelo de mi corazón, ¿qué ha de perdornarte una madre que se mira en tí como en el espejo de su cara? ¡Hija mía luz de mis ojos, alegría de mi vida! . . .

Media hora hubiera permanecido doña Fernanda abrazada con su hija, diciéndole mil ternuras, á no haber sonado un ligero ruido en la habitación inmediata, que la obligó á bajar la voz y á limpiarse las lágrimas, desprendiéndose de los brazos de Inés y levantándola del suelo. La madre, con la honda pena que puede suponerse, se retiró á su cuarto; y la hija volvió á caer de rodillas musitando esta oración:

“Dios de mi corazón y autor de mi vida: Tú que me diste la existencia, cuando yo merecerla no podía; Tú que me hiciste nacer de una madre tan buena en un siglo tan corrompido; Tú que libraste mi alma del naufragio de la culpa, conservando mi pureza como el lirio entre las espinas; Tú que arrancaste de mi corazón el amor del mundo, que ya comenzaba á seducirme, Tú que me llamas para tí con tanta misericordia, manlándome que me separe de los autores de mis días; Tú, Señor, mira con benignidad el afligido corazón de mi pobre madre, y acepta el propicio el

doloroso sacrificio que ella te hace; no porque sea yo digna de que tú me recibas, sino por el mucho amor con que ella te lo ofrece. Acéptalo, Señor, y descienda sobre ella tu bendición copiosa, para que sus días sean felices como los de Sara al lado de Tobías, como los de Raquel al lado del patriarca Jacob; y cuando llegue su última hora, recíbela en el seno de tu misericordia, donde yo la vea el día en que desataba de los lazos de la carne vuele á unirme contigo en la eternidad venturosa."

Si doña Fernanda hubiera podido oír esta plegaria, es muy probable que hubiera llorado de gozo en medio de su mucha pena y que le hubiera parecido poco todo cuanto había hecho y podía hacer por su hija. Pero no la oyó, porque al salir del aposento donde dejó á Inés, se encontró con Agustín, que al verla llorosa, la acompañó á su cuarto preguntándole la causa de su llanto. Lo que hablaban allí los dos consortes, y en que hubiera parado la conversación, si Inés no llega á tiempo, podrá colegirlo cada cual por lo que vamos á decir.

Cuando nuestra joven terminó su oración, fuese en busca de su madre para consolarla, y encontró allí también á su padre á quien saludó de este modo: ¡Cuán agradecido le estoy, papá, desde

que me dió usted anoche el permiso para irme á la tierra de promisión, que tal conceptúo para mí el convento. ¿Cómo se lo pagaré?

—Déjame y no me atormentes, ni me hables de eso.

—Papá, eso no es tormento. Comprendo que á usted le dará pena, pero después de todo debe servirle de consuelo, que una de sus hijas se consagre toda á Dios. Por eso espero que me ratificará aquí delante de mamá la licencia que me tiene dada.

—¿Qué licencia ni qué tonterías? Tú estás soñando, mujer. ¿Cómo había yo de concederte una cosa, que me estará penando después toda la vida? ¡No! eso no te conviene ni á tí ni á mí. ¿Qué dirá el mundo y que...?

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Inés—¡esta otra! Por Dios, papá, déjeme usted ir á donde Dios me llama.

—No te canses, que no puedo permitirte, porque me costará la vida.

—Pero si Dios me llama, ¿qué he de hacer? ¿Quiere usted quitarme mi única felicidad en el mundo? ¿Quiere usted hacerme para siempre infeliz y desgraciada? ¿Es posible, padre mío?

—¿Y es posible que tú quieras quitarme la vida con esos caprichos?

—Papá, atienda usted á las lágrimas que lloro, y haga el sacrificio con la ge-

nerosidad que lo ha hecho mamá, dándome la licencia aunque con pena de su corazón.

—No; ni tu madre ni yo te concedemos semejante permiso.

Estas palabras produjeron en el alma de Inés una pena tanta viva y tan profunda, que secó por completo la fuente de sus lágrimas. Quedóse un momento suspensa, luego pálida, después temblorosa, y con un acento indefinible contestó á su padre: ¡Está bien! Su hija soy, y obediencia le debo; haga V. de mí lo que quiera; pero protesto ante el cielo y la tierra que Dios me llama á la religión, y que V. se opone á que yo cumpla la voluntad divina. Y sin decir más, dió media vuelta, y como fuera de sí se dirigió á la puerta.

Doña Fernanda quedó sorprendida, Agustín estupefacto y como herido de un rayo con las palabras de su hija, á la cual dijo:—¡Escucha, Inés, escucha! ¡no te vayas, hija mía!—Ella, como si nada hubiera oído, prosigue hacia la puerta. Agustín la sigue á la habitación inmediata, donde la detiene, asiéndola por el vestido, y mientras llegaba su esposa le decía:—¿Pero cómo sabes que Dios te llama? ¿qué prueba me has dado de ello?

—Demasiadas que le he dado, y Dios se encargará de darle á V. otras prue-

bas, que serán pruebas de justa indignación. Por V. lo siento, padre mío, y por lo mucho que lo quiero.

Un llanto compasivo acudió á los ojos de Inés y de su madre, y otro llanto amargo como las olas del mar á los de Agustín, que lleno de pavor y pena, contestó:—No quiero ser objeto de la indignación divina. Demasiado tiempo me he resistido á la voluntad de Dios, y me rindo desde ahora para siempre. No quiero impedirte tus santos deseos, porque me has herido el corazón. Dispón lo necesario, que tienes mi licencia y la de tu madre, aunque el dártela me cueste la vida.

—Gracias, padre mío, y Dios acepte el sacrificio de V. como aceptó el del justo Abraham, cuando fué á sacrificarle su hijo. Pero le suplico que no pierda el mérito de su acción tan heroica, arrepintiéndose otra vez de la licencia que ahora me concede delante de mamá.

—No, no te la negaré más; pero déjame que llore y me abandone á mi dolor, como si fuera un niño. Tú no sabes lo que un padre siente la separación de un hijo; es como arrancarle un pedazo de su corazón.

—Sí, papá, lo comprendo, y por eso no sé cómo expresarle mi gratitud y los sentimientos de mi corazón. Dios pre-

miará á V. y le dará en mi ausencia los consuelos que yo no podré darle. Y tal vez este doloroso sacrificio sea el lazo de unión que nos junte para siempre en el cielo, después de una corta separación en este valle de lágrimas.

Agustín no supo qué contestar. El dolor anegaba su alma y le hacía estar meditando: su esposa se limpiaba los ojos con un blanco pañuelo, y su hija, deteniendo la respiración en su pecho oprimido, parecía contemplar desconsolada la pena de sus padres. Aquella muda escena hubiera durado largo rato, si Prudencia no hubiera llegado á la puerta, diciendo:

—Señora, el almuerzo á punto; y ni Don Agustín, ni la señorita Inés parecen por ninguna parte.

—Detente un poco, Prudencia, que yo sé dónde están: pronto iremos todos.

Los tres procuraron serenarse y disimular delante de la familia la turbación que les causó la anterior escena. Durante el almuerzo se pronunciaron frases entrecortadas que revelaron algo de lo ocurrido, y confirmaron á los demás en que, efectivamente, Inés estaba autorizada por sus padres para poner en ejecución el delicado proyecto de consagrarse á Dios, sepultándose en vida, dentro de un claustro.



CAPITULO XXII

Victoria de Inés: elige el Instituto de María Reparadora.

EL mes de Mayo había traído de nuevo á los mortales la alegría y los encantos de la naturaleza rejuvenecida. Por todas partes ostentaban su verdor los feraces campos de la Bética: los trigos crecidos dejaban escapar de su abultado seno las rubias aristas de las espigas: la fragancia de las viñas florecientes embalsamaba los campos; la nueva fruta que en esquilmo los olivos presentaban, cubría con manchas cenicientas el verde oscuro del arbolado; y la brisa agitando las flores, los pámpanos de la vid, las espigas del trigo, y los ramos de la verde oliva, mezclaba en uno los suaves perfumes de las mieses, de los bosques y jardines.

Este mes de Mayo, llamado por antonomasia el mes de María, por haberlo dedicado la Iglesia al culto de la Reina

del cielo, se celebra con mucha solemnidad en toda la Andalucía, donde se cubren con artísticos ramos de flores naturales los altares de la Virgen. Apenas hay persona piadosa que se crea dispensada de ofrecer una flor, símbolo de su devoción y de su cariño, á la Madre del amor hermoso y de la santa esperanza; y apenas quien deje de asistir á los ejercicios marianos, cantando con acento apasionado el

Venid y vamos todos
Con flores á porfía,
Con flores á María
Que Madre nuestra es.

Inés asistía todas las tardes con devoción singular á estos ejercicios, y á su vuelta de ellos, encontraba llena su casa de las antiguas amigas, que formaban el *círculo de Caridad elegante*. Se había corrido entre ellas la noticia de que Inés entraba pronto en el convento de las Reparatrices, y venían unas á darle el parabién, otras á compadecerse de ella, y las más á reñirle ó á burlársele, porque iba á esconder en una celda los encantos y la gracia de su juventud envidiable.

No tuvo que sufrir poco nuestra joven con aquellas amigas que á veces reconvénian á su padre, porque le consen-

tían tal cosa. y á veces poniéndose del lado de Agustín, descargaban sobre Inés toda una batería de objeciones, que ella tenía que deshacer completamente para no verse perdida. En cierta ocasión una pelirrubia, muy relamida, se encaró con ella y le dijo:—Permíteme que te diga, querida Inés, que me parece una gran bobada lo que vas á hacer.

—Nunca será una bobada poner en práctica las inspiraciones del cielo.

—¿Y no puedes servir á Dios en el mundo como hasta hoy, sin amargar la ancianidad de tus padres?

—No; á Dios se le sirve únicamente cumpliendo su voluntad santísima, y ésta es que yo le sirva en el claustro; lo cual de ningún modo amargará la ancianidad de mis padres, porque estoy segura de que en la hora de su muerte no tendrán mayor gozo que el verme ofrecida á Dios por ellos como víctima de expiación.

—Pues mira que debe ser una rareza indefinible esa de la vocación religiosa ó de las inspiraciones del cielo, como tú has dicho.

—Tú no sabes lo que dices, querida. ¿Quieres acaso negarle al Soberano Señor de cielo y tierra el derecho que tiene á escoger para sí algunas almas, que se consuman ardiendo en el fuego del amor divino ante su sagrado tabernáculo, á la manera que se consume la cera

que arde en el fondo del santuario? ¿O quieres quitarnos á los demás el derecho que tenemos á estar con la Magdalena postradas á los pies de Jesucristo, escogiendo para nosotras la mejor parte de que habla el Evangelio?

—Nada de eso; lo que quiero es saber qué es lo que hace una monja toda su vida detrás de una reja, gangueando latines, ni para qué quiere Dios á esas infelices encerradas entre cuatro paredes, como en un sepulcro

—¿Que para qué las quiere? ¿que qué hacen? Dime, mujer, ¿qué es lo que hacen suspendidas de las bóvedas celestes, cual si fueran lámparas de la creación, esas lámparas resplandecientes que nunca el hombre contar pudo? ¿Qué es lo que hacen las flores del campo y el lirio que hacen las flores del campo y el lirio de los valles, criados entre breñas ó entre riscos donde puedan ser vistos de los mortales? ¿Qué es lo que hacen los ángeles, que, estáticos de amor, rodean el trono del Altísimo? Pues lo que hacen los ángeles en el cielo, y las flores en el campo, y las estrellas en el firmamento; eso mismo hace la religiosa, que pasa su vida, no gangueando latines, sino cantando himnos de amor en su retiro santo, separadas del mundo grosero por una reja que aún me parece poco tupida y fuerte. Alaban á Dios, como Dios quiere ser alabado, y está dicho todo. Y si

me preguntas que para qué las quiere Dios de ese modo, yo te pregunto á mi vez: ¿Para qué suspendió en los espacios esa multitud de astros que apenas podemos divisar desde la tierra? ¿Para qué hace crecer en el desierto las plantas más hermosas, lejos de las miradas del hombre? ¿Para qué cría el diamante en las entrañas de la tierra y no colgando de las flores como perlas del rocío? Cuando me des la razón de estos misterios de la naturaleza, te daré yo la de aquel misterio de la gracia.

Inés decía esto con tal energía y abogaba por su causa con tanto ardor, que la pelirrubia se vió obligada á contestar:

—Dispensa, Inés, que no ha sido mi intento molestarte, sino hablar de lo que todas hablan.

—Estás dispensada, amiguita; pero con la condición de que no se combata más mi resolución irrevocable de hacerme religiosa de María Reparadora.

—¿Y por qué quieres abrazar ese instituto extranjero, tan moderno, y no otro cualquiera?—preguntó Concepción, queriendo mudar conversación, que se iba convirtiendo en acalorada disputa.

—Porque desde que conocí su historia me robó el corazón. Es verdad que esa Congregación, por haber nacido fuera de España, podíamos llamarla extranjera, si la religión no hiciera de to-

da la cristiandad una sola familia; y que es moderna, puesto que hace pocos meses que murió su ilustre fundadora, la condesa Emilia de Oultremont, que cambió sus títulos de nobleza y su esclarecido nombre por el de María de Jesús; pero así y todo, su corta historia me ha enamorado. Si no lo toman á mal, la contaré en breves palabras.

Concepción y sus amigas hicieron con la cabeza un signo afirmativo, é Inés continuó.

El mismo día y á la misma hora en que el santo Papa Pío IX definía *ex cathedra* el dogma de la Concepción inmaculada de María, esta divina Madre se apareció á su sierva la Condesa Emilia, que estaba extasiada ante el Santísimo Sacramento en la capilla de su palacio, y le reveló la fundación de ese instituto detalladamente, hasta con los colores del hábito blanco y celeste, para perpetuar la memoria de su pureza sin mancilla. Luego, declarándole el objeto de su fundación, le dijo, que si en el cielo pudiera sufrir, sufriría ciertamente por no poder estar en la tierra alrededor de los tabernáculos, adorando á Jesús Sacramentado, y atrayendo hacia El almas puras, que le desagraviaran de las injurias, ultrajes, y olvido que sufre en el sacramento de su amor. Y puesto que ella no podía dejar

el cielo para cuidar de su divino hijo en la tierra, quería verse reemplazada por otras almas castas que tuvieran para con Jesús el respeto, la ternura, el amor y el cariño que Ella no podía prodigarle ya en este valle de lágrimas.

Este es el espíritu de la congregación y el fin sublime de una religiosa Reparadora; ocupar para con Jesús presente y abandonando en el sagrario el lugar de su madre inmaculada; hacer aquí cerca de El el oficio que haría María, si viviera aún en la tierra: en una palabra, ser para Jesús Sacramentado, lo que fué la Santísima Virgen para Jesús mortal y pasible. ¿No es esta una dicha incomparable? ¿No es esta una ocupación que envidiarían los ángeles del cielo, si en ellos cupiera envidia? Las Hijas de María Reparadora tienen que resolver en cada momento de su vida este problema tan profundo como delicioso. ¿Qué haría mi Madre inmaculada en esta circunstancia en que yo me encuentro ahora? y la respuesta á esta sublime pregunta tiene que buscarla en su fe, en el amor de su corazón y en las reglas y constituciones de su Orden. Para no olvidar nunca su celestial destino llevan todas el nombre de *María*, visten los colores de la pureza de *María*, tienen los afectos de su corazón unidos á los de *María*, y á esta unión obedece

la adoración continua á Jesús Sacramentado durante el día, la hora santa en que se relevan unas ú otras durante la noche, y las comuniones frecuentes y la oración constante, y la mortificación no interrumpida, para identificarse en cuanto es posible con el corazón purísimo de María, á fin de reparar con su amor y gratitud de amor que el mundo ingrato niega á su Salvador y Redentor. El día que tenga la dicha de ingresar en el santo noviciado, seré dichosa, y vosotras, amigas mías, me acompañaréis con júbilo, porque aquél será para mí el día de bodas, pero de bodas celestiales.

Al oír esta hermosa narración de Inés hubo algunas que sintieron en su alma deseos de acompañarla al claustro consagrándose á Dios; pero ninguna intentó ponerlo por obra. Entre tanto los días iban pasando ligeramente, y la Amante de la Virginitad iba en ellos disponiendo sus cosas para unirse cuanto antes al coro de las vírgenes que rodean al Cordero Divino. Mil veces se acordó durante aquel tiempo del sueño misterioso que decidió su suerte, y le parecía oír en lo interior de su alma la voz amorosa de Jesús que el repetía: "Ven, hija mía, ven, ¿á qué aguardas? Ven, que bastante te he esperado." Y esta voz que resonaba de continuo en sus oídos, le hacía suspirar impaciente por la hora

dichosa en que abandonando el mundo y dando un adiós eterno á cuanto en él aman y codician los mortales, se había de entregar toda entera en cuerpo y alma al servicio de Dios.

Esa hora, de ella deseada y de su padre temida, llegó por fin, y fué una hora triste y dolorosa; como son todas las horas de separación y despedida.





CAPITULO XXIII

La Despedida.

INES se había preparado para ingresar en el noviciado con diez días de ejercicios espirituales, en el mismo convento de las religiosas reparatrices. El día que había de trocar el traje seglar de pecadora por la librea de las esposas de Cristo, se engalanó desde por la mañana y lució durante el día sus mejores vestidos, para hacer más brillante el triunfo de la gracia sobre la naturaleza. Nunca despidió el sol tan luminosos rayos, nunca exhalaron las flores tan grato aroma, nunca las aves lanzaron al aire tan dulces trinos, como aquel en que iban á realizarse las esperanzas de toda su vida. Así al menos le parecía á ella.

Cuando volvió de la misa mayor se fué derechamente al cuarto de su madre, pidiéndola que le permitiera estar á su lado las pocas horas que le quedaban, puesto que sería la última vez que podría manifestarle su acendrado cari-

ño. Las cosas que allí se dijeron y las lágrimas que hija y madre derramaron aquella mañana, no son para contadas. Referiremos solamente un episodio de aquella larga y tierna despedida. Doña Fernanda, con los ojos humedecidos por el llanto, entre otras mil cosas, le dijo á Inés:

—Ahora que estamos solas, y antes que nadie venga á turbar la paz de nuestras lágrimas, voy á darte la última prueba de mi amor, confiándote al mismo tiempo un secreto, secreto que me sostiene, me alienta y me consuela en medio de la tempestad de penas que combate mi alma; pero quiero que este secreto quede encerrado en tu pecho y sepultado contigo, pues solo á tí se refiere.

—Yo se lo prometo, madre mía, por estas lágrimas que lloro.

—Pues bien; toma esa llave, abre el último cajón de mi cómoda y en él hallarás una cajita de nácar envuelta en un pañuelo de seda; cógela y traémela.

Inés entró en la habitación inmediata, y un momento después salía, trayendo en sus manos el encargo de su madre. Esta tomó la hermosa caja, y sacando de ella una cadena de plata de la cual colgaba un preciosísimo crucifijo de oro puro, se la presentó á su hija diciendo:

—Esta es la joya de más precio que he poseído en mi vida: me la dió mi amorosa madre, en un día tan triste como éste, el día que murió y nos separamos para siempre; pero al dárme la me dijo: “Guarda, hija mía, con toda fidelidad este recuerdo de tu pobre madre; y si (como he señalado) Dios te concede alguna hija destinada á reinar en el coro de las vírgenes puras, dásela á ella en nombre de tu madre el día que de tí se aparte, como yo te la doy en este día que la muerte pondrá entre las dos un muro de perpetua separación. Guarda, pues, esta joya, hija de mi alma, llévala siempre contigo, y cada vez que la mires, acuérdate de los amorosos designios de Dios sobre tí manifestados mucho antes que al mundo vinieras.

Doña Fernanda besó por última vez el devoto crucifijo, lo colgó al cuello de su hija, y las dos anegadas en llanto permanecieron abrazadas y como mudas un buen rato.

—Otra cosa me falta, mamá, para ir completamente satisfecha al claustro,— le dijo Inés á su madre después de aquellos solemnes momentos.

—¿Qué te falta, Inés mía?

—Su santa bendición y la de papá; no me quiero ir sin ella.

—Bueno, lo dejaremos para la tarde, porque si lo llamo ahora, no va á co-

mer de pena. ¡Pobre padre! ¡Cuánto nos cuesta tu separación, hija del alma!

La comida de aquel día no fué del todo triste, porque la amenizaron con sus chistes muchos convidados de la familia, que con la condesa de Valdelirios y otras amigas fueron invitados para acompañar á Inés en su toma de hábito; mas sus padres y ella comieron poco y sin apetito, por que la pena rebotaba en su interior. Terminado aquel acto, hija y madre volvieron á las habitaciones interiores para ocultar sus lágrimas á las miradas de los convidados. Agustín temía y deseaba la hora de la despedida; la temía por lo dolorosa, y la deseaba para beber cuanto antes aquel amargo cáliz y desahogar con el llanto su corazón oprimido por el peso del dolor. En esto pensaba el buen hombre, fumando con los circunstante, cuando llegó una criada lloriqueando, diciéndole que la señorita deseaba hablarle antes que saliera de casa, y le rogaba que fuera á sus habitaciones, donde le estaban esperando.

Agustín se puso en camino y se volvió otras dos veces antes de llegar, temiendo que el corazón se le partiera de pena.

Cuando llegó á la puerta se adelantó su esposa, diciéndole:

—Ha llegado la hora del sacrificio, y

és preciso que no neguemos á nuestra hija el último consuelo que nos pide.

—¿Y qué quieres ahora?—preguntó á Inés sin atreverse á mirarla por no romper el llanto.

—Papá, que me permita usted abrazarlo por última vez. Un sollozo se escapó del pecho de Agustín, y su hija se arrojó sobre su cuello, exclamando en el tono más alto del amor filial:

—¡Padre mi alma! Mucho le debo por la buena educación que me ha dado, por la licencia que da deirme religiosa, y sobre todo por el grande é inmerecido amor que usted me profesa. Una cosa le pido; que ame usted á Dios desde hoy como ha amado á esta indigna hija suya: á El traslado todos los derechos que tengo al amor de usted.

—¡Inés!—le contestó le padre.—Inés, ¿y no te veré más atravesando estos salones con ese aire modesto que te envidian hasta los ángeles? ¡Rosa encantadora! ¿te buscaré en vano por los jardines de mi casa y por la huerta de mi quinta? ¡Inés! ¿y no oiré nunca más resonar tu dulce voz, que tanto alegraba mi alma, cuando te oía cantar angélicas plegarias? ¿Y no me presentarás más con tu sonrisa de cielo, el bordado de tus manos y la primera flor que daban tus macetas? ¿Y veré cubiertos de polvo los enseres de tu cuarto, y colgados de

la percha los vestidos que te adornaban sin morir de pena? ¿Y no te contemplaré más sentada á mi lado, siendo el embeleso de tu padre? ¡Ay, hija mía! Yo había contado con tu amor para que recogieras mi postrer suspiro, y ahora el lecho en que moriré estará solitario y sombrío porque no lo rodeará el ángel de mi casa. Yo contaba con tu cariño para que cerraras mis ojos, y ahora moriré y sin poderte bendecir cuando salga de esta vida.

—Bendígame desde ahora para entonces, padre querido, y por la pena que le causo y por todos los disgustos que en mi vida le he dado, postrada á sus plantas le pido que me perdone.

—Levántate, Inés, y no me acabes de matar; ¿qué te he de perdonar, si en toda tu vida no has hecho más que buscar el modo y manera de contentarme?

—Pues á lo menos deme usted su bendición, ya que no podré recibirla de su mano en la última hora.

—Aquel Dios que te crió para sí, y para sí te eligió, te bendiga; y ya que desprecias las bendiciones de la tierra, yo pido á Dios que derrame sobre tí las bendiciones del cielo, llenándote de felicidad, de dicha, de santidad y de gloria.

—Ahora usted, mamá,—dijo Inés volviéndose á doña Fernanda,—y ésta añadió llorando:

—La Santísima Trinidad te bendiga; el Padre te mire como hija amada; el Hijo como á esposa querida; el Espíritu Santo como á su tabernáculo y morada, y la Virgen María te proteja y cubra siempre con el manto de su pureza santa. Una cosa te encargo: que no te olvides ningún día en tus oraciones de pedir por tu casa, ni de rogar por tus afligidos padres.

—Yo le prometo, mamá, que si el Señor escucha piadoso las oraciones de esta su indigna sierva, llenará esta casa de celestiales dones, y á ustedes de consuelos inefables. No seré tan ingrata que me olvide nunca de unos padres á quienes debo mi vida y mi felicidad.

—Otro encargo te hago yo—añadió Agustín levantando á su hija del suelo; —que le pidas á Dios que me halle bien dispuesto cuando venga á pedirme cuenta de mi vida: y que cuando recibas la triste nueva de que tu padre ha muerto, ruegues á Dios por mí con todo fervor, y le ofrezcas por mis pecados tus penitencias y oraciones, que se elevarán al cielo como el humo del incienso para atraer sobre mi alma las divinas misericordias.

Inés no se atrevió a pronunciar más palabra, temiendo que á su madre le cogiera un desmayo y no pudiera acompañarla hasta el convento. Enjugóse el

llanto, y suplicó á sus padres que se prepararan para marchar, pues la hora estaba encima.

En la puerta de la calle esperaba un coche engalanado la llegada de Inés: era el de la condesa, que por medio de su hija quiso hacer con Inés la veces de madrina. Apenas bajó la familia, ocuparon el coche Inés y Concepción, doña Fernanda y la condesa; los demás convidados se dirigieron á pie hacia la calle de Santa Clara, mientras que el coche de Inés, seguido de los de otras amigas que le hacían la corte, daba una vuelta por los puntos más céntricos de la ciudad, terminándola en la puerta del convento de María Reparadora.

La ceremonia de la toma de hábito, precedida de una solemne renuncia del mundo y sus vanidades, de sus halagüeñas esperanzas y seductores encantos, fué tiernísima, patética é imponente. Inés se despojó de sus costosas galas y vistió su cuerpo con una túnica blanca, símbolo precioso de la inocencia; la ciñó á su talle con una hermosa cuerda, emblema de la mortificación con que había de cercar su pureza para guardarla de todo peligro, como se guarda el lirio rodeado de espinas para que no le ajen los animales del campo; colocó sobre ellos el largo escapulario, que como escudo inexpugnable había de defe-

derla de los del enemigo; puso sobre sus sienes el cándido velo que la consagraba virgen del Señor, esposa del Cordero inmaculado; y después la cubrieron con un regio manto, blanco con franjas celestes, en señal del místico é inefable desposorio que acababa de efectuar con Jesucristo, rey la gloria; manto que deslumbraba la vista con el vivo azulado de sus festones, y que era para Inés un perpetuo memorial que le recordaba á cada paso su elevación al rango sublime de esposa de Cristo, y que le hacía considerarse como hija de aquella Madre excelsa que, sin dejar de ser Virgen, tuvo por Hijo al mismo Dios humanado.

Vestida ya de Reparadora, Inés, que había trocado su nombre por el de María de pidió á la Prelada que la primera hora que iba á estar en el convento se la dejara pasar á los pies de Jesús Sacramentado, dándole gracias por el beneficio recibido. La Superiora se lo concedió, y la familia tuvo que retirarse persuadida de que Inés no dejaría por ellos la adorable presencia de su Dios.

De buen grado nos detendríamos aquí á narrar la vida de Inés durante el noviciado, y sus trasportes de júbilo santo al verse ya contada en el coro de las vírgenes, y sus éxtasis de amor divino

y su mortificación asombrosa, y las heroicas virtudes que practicó en su nuevo estado; pero renunciamos á ello porque es empresa arriesgada escribir la vida de una santa mientras vive sobre la tierra. Dejémosla, pues, en el claustro, gozando las delicias de la soledad, y apresuremos el paso para llegar cuanto antes fin de nuestra obra.

